

Alternativa pedagógica al problema cultural de la exclusión social

José Ángel López Herrerías

Universidad Complutense

Resumen

El fenómeno actual de la exclusión social es la presencia cultural de una profunda fractura de la ineludible y deseable cohesión social. La globalización comunicacional, la imperiosa ley del mercado y la dominante tecnologización de los trabajos provocan que grupos y grupos de ciudadanos queden excluidos de los contextos sociales. La superación del presente conflicto requiere un estilo de construcción de la identidad, competente para dicho fin. Los estilos más activos y reales en la definición del *yo*, modernidad, post-modernidad y ultra-modernidad, no parecen solución racional y afectiva adecuada. El estilo de la metá-modernidad, que define la construcción de la identidad, el "*yo soy*", como algo *absolutamente relativo*, un yo hecho en y desde la relación, es la alternativa pedagógica que parece capaz de superar la exclusión social. Entre otros, en la familia, en la escuela y en los medios de comunicación social, son aprendibles las actitudes y los valores que favorezcan un estilo de psico-cultura más respetuoso con las minorías y los desfavorecidos.

Palabras clave: exclusión social, modernidad, post-modernidad, ultra-mo-

dernidad, metá-modernidad, educación sociocultural, hermandad (vr. globalización) planetaria.

Abstract

The actual problem of the social exclusion is the cultural presence of a deep fracture of the inescapable and desirable social cohesion. The global communication, the pressing law of market and the dominant technology of the works cause that the citizens' groups and groups stay exclude from the social contexts. The overcoming of the present conflict needs a style of the identity's building, competent for this but. The styles more activ and real in the ego's definition, *modernity, post-modernity, ultra-modernity*, don't look an adequate rational and affective solution. The style of *metá-modernity*, that define the identity's building, the "*I am*", as something *absolutely relative*, an I done *in* and *from* the relation, it is the pedagogical alternative that is capable of doing better than the social exclusion. Among others, in the family, in the school, in the *mes*, are learned the attitudes and the values that animate a style of psycho-culture more respectful

with the minorities and the underprivileged groups and communities.

0. Codificación del problema

La "exclusión social" es una referencia verbal a un fenómeno de presencia social y a un concepto de amplio alcance, situable en la encrucijada de los saberes de la Antropología social y cultural, de la Sociología y de la Economía. Más en concreto, referido a la problemática actual del humano de carne y hueso. Tiene que ver con una manifestación última, diferenciada y radical de un fenómeno permanente en la experiencia de los grupos humanos. La experiencia de la desigualdad, de la injusta distribución de los bienes, derivada de que unos grupos *pueden* más que otros. Esa jerárquica y dicotomizada relación social se recrudece en las últimas décadas del mundo actual globalizado y mercantilizado. Se concreta en la siempre *potencial* y en muchos casos *real* exclusión de los inmigrantes y del denominado *cuarto mundo* del desarrollado occidente. La exclusión social en aumento, en conciencia y en cantidad, de millones de humanos es la

resultante de un complejo mundo de interferencias culturales. El estilo socio-cultural actual es el *campo cocausante* de ese complejo y circular efecto de la exclusión.

El mundo global, tecnológico y productivo por antonomasia, ha incidido virulentamente en el contexto de las experiencias que derivan del *poder*. El mundo técnico de la primera y segunda generación industrial y la analítica marxista nos provocó el esquema dominante del señor y el siervo, del explotador y el explotado. Del *capital* que requería del trabajo para mantenerse. Capital y trabajo eran elementos interdependientes de una misma constelación socio-cultural. La potenciación tecnológica de la tercera y cuarta generación industrial a grupos de la energía cibernética ha incrementado el germen de antihumanismo –o al menos otro tipo de humanismo– de las acciones de poder. Casi como que el *capital* puede prescindir del *trabajo*, o que el explotador no necesita de explotados humanos. Bastaría con la tecnología. En todo caso, *incluye* a los necesarios, imprescindibles

1 En el mes de junio de 2000, en Ginebra, presentaban la ONU, la OCDE, el Banco Mundial y el FMI, el último documento conjunto, *Un mundo mejor para todos*. Los mensajes son algo conocidos: que los países ricos reduzcan la pobreza en todas sus formas a la mitad en el año 2015, que así será el mundo mejor y también "más seguro", y que no basta el crecimiento económico, sino invertir en educación y sanidad. Desde luego, es un buen ejemplo de lo ya conocido, habituado y poco exigente en el dicho y en la acción. Unos breves ejemplos: a) no se trata de hacer un mundo mejor para todos; una minoría ya tiene el *mejor*, se trata de hacer un mundo habitable para una gran mayoría explotada; b) se manifiesta el interés (¿oculto?) expresado del porqué hay que hacer algo: que el mundo sea mejor y también "más seguro"; esto es, que la minoría dominante puede llegar a la inseguridad si los muchos se agotan de soportar; c) desde luego, si no se invierte en educación y sanidad difícilmente habrá crecimiento económico; en todo caso, todos tenemos que hacer, sobre todo lo que más podemos, poder decir y vivir desde la ineludible justicia que nos exige la radical hermandad humana. Desde el ADN hasta nuestros más sublimes productos espirituales. *Hermanos* para ser humanos... a nuestro pesar o ¿con nuestro reconocimiento y alegría?

y competitivos humanos, eso sí, en cuanto productivos. Quienes no puedan jugar ese papel, al margen, *excluidos*. Aquí, en la *exclusión*, más que una dualidad jerarquizada en función de aprendizajes y *cuna*, hay una fractura social. Todos los que no sean productivos en la exigente cadena tecnológica del *mercado planetario* no tienen nada que hacer. ¿Habría sido mejor que no hubiesen nacido?!¹

Considerado como fenómeno cultural nos permite el uso de las analíticas categorías de la Antropología socio-cultural: las *Totalidades Relativas Culturales* (TTRRCC) de lo económico (*facere*), de lo societario (*agere*) y de las ideas y creencias (*scire*). La exclusión social, como fenómeno societario, considerada aquí variable dependiente en cuanto efecto, es un proceso derivado de las consideradas variables independientes, en cuanto cocausas, de la económica ley del mercado y de las ideas y creencias (valores) fuertemente individualistas. En ambas TTRRCC se conciben las relaciones comunitarias y grupales como contextos de competitividad libre para que unos pocos *puedan*, con las menos cortapisas posibles, sobre una fuerte mayoría de individuos, formalmente ciudadanos, pero, en la concreción y exigencias de la vida cotidiana, *excluidos sociales*.

Hecho el análisis, la propuesta pedagógica se presenta como una proyec-

ción alternativa y superadora de ese estilo socio-cultural. Animar de manera preventiva y, en su caso, rediseñadora, aprendizajes comportamentales, actitudinales y valorativos que puedan animar sociedades menos excluyentes. Que puedan potenciar en los grupos y en las comunidades formas de vida menos traumáticas y más acordes con las Declaraciones políticas, que desde un trasfondo verbalmente ético, plantean la igualdad, la libertad y la dignidad inalienables de la persona.

1. Sentido de la dominante y excluyente ley del mercado y la creencia capitalista que la sostiene

Es el análisis de la dimensión productiva de todo grupo y de toda experiencia. El *facere*. Es evidente que cualquier intento analítico de la compleja e independiente experiencia humana apela a los tres subconjuntos integrantes. Las mencionadas *totalidades relativas culturales*.² La exigencia transformadora y productiva del hacer humano, hoy altamente tecnologizada y globalizada, ha incrementado los niveles de competencia, de saber hacer científico-tecnológico, que ha provocado una consecuente traslación semántica hacia la *competitividad*. Son muchos y elevados los capitales, los intereses, los afanes de acumulación de bene-

2 *Totalidad*: dado que forman parte de un todo; el todo de la realidad humana analizada. *Relativa*: porque es siempre una parte que adquiere sentido explicativo y comprensivo en la referencia a las otras dimensiones: lo productivo se realimenta con lo societario y creencial, lo creencial soporta y justifica lo productivo y convivencial, y así en todas las posibles combinaciones. *Cultural*: dado que todo lo analizado como experiencia humana se entiende como elemento con significado en un concreto contexto, lo que es una cultura. (TTRRCC: *Totalidades Relativas Culturales*).

ficios y los niveles de formación y entrenamiento que se requieren para ser hoy *productivo*. En consecuencia, los riesgos de quedar al margen de esos procesos, *excluido*, son más intensos cualitativamente que casi nunca. O se está en la punta de lanza de los trabajos tecnológicamente avanzados, cota que organizativa y competencialmente requiere contextos y experiencias socio-culturales escasas y complicadas, o se puede quedar *en proceso de exclusión*, absoluta, pero estructural permanente, o relativa, abocado a trabajos temporales, precarios, marginales y de nula o escasa relevancia social, casi siempre vividos por inmigrantes o desheredados, en mayor o menor grado, de los cinturones *dormitorios* de las grandes ciudades.

En este contexto, las leyes del mercado productivo desde el enfoque ideativo-creencial se centran en la recuperación y el aumento de las fuertes inversiones realizadas, anteponiéndose el desarrollo del proceso y de los resultados exitosos a cualquier otra consideración más atenta a

los problemas de las personas, que puedan quedar al margen en ese juego exigente de competencias, saberes y aplicaciones³. Concomitante-mente, fracasado el experimento precipitado y mal planteado de la economía planificada, políticamente truncada por la totalitaria privación de libertad, recorre el mundo de las ideas y de las acciones económicas el *espíritu air(e)ado* de la intocable e ineludible ley del mercado. Ley que propone imponer como criterio ineluctable de la acción y de la convivencia humanas que sólo es viable con éxito la propuesta que implica el encuentro de los grupos en cuanto atenazados por las exigencias de la citada ley. Que quienes pueden ofrecen trabajo y que pueden acercarse al trabajo los que aceptan los reales intercambios que se realizan en los escenarios productivos. Todo queda justificado desde la fuerza del *poder* y desde el valor de la libertad, entendida y aplicada con los *matices* que interesan a ese mismo poder. Poder y libertad, máximos reguladores de los encuentros humanos. Lo que ocurre es

3 J. Gray, profesor de la London School of Economics, comenta estos asuntos con clara precisión: "Lo que está fuera de toda duda importante es que organizar la economía mundial como un único libre mercado global promueve la inestabilidad, carga a los trabajadores con el peso de los costes de las nuevas tecnologías y del libre comercio sin restricciones y no contiene ningún mecanismo que permita controlar las actividades que ponen en peligro el equilibrio ecológico global. Si -como parece- el calentamiento global es una amenaza real, el libre mercado global carece de instituciones que puedan hacerle frente. Organizar la economía mundial como el libre mercado universal supone, en efecto, poner en peligro el futuro del planeta al suponer que esos grandes riesgos se resolverán por sí solos, gracias a los efectos colaterales de la búsqueda descontrolada de beneficios.[...] Sin embargo, la sustitución del *laissez-faire* global por un régimen gestionado de la economía mundial es, en el momento actual, un proyecto casi tan utópico como el del libre mercado universal. Semejante régimen sólo podría establecerse si las grandes potencias económicas del mundo actuaran de acuerdo, y los conflictos de intereses hacen que la cooperación con cualquier otro propósito más ambicioso que el de la mera gestión de crisis sea casi imposible de lograr. No existe el consenso necesario sobre los medios y los fines de las políticas de control de población y de conservación medioambiental." (2000: 254-5).

que poder y libertad no son dos absolutos, genéticos o culturales, que puedan vivir todos los hombres por igual. El poder y la libertad son dos constelaciones simbólicas, reguladoras de la experiencia humana, y en cuanto tales grupos y comunidades de personas *pueden* más y son más *libres* en función de aquello que es más necesario y conveniente para la vida humana. Todo humano puede ser libre para hacer lo que quiera con su vida. Hasta para quitarse de en medio y excluirse con cierta radicalidad. Poder libremente trabajar, comer, educarse, ser atendido sanitariamente, viajar,... depende del juego de capitales, beneficios e intereses dominantes y éstos dicen que todo queda regulado por el mercado. Ley que con cierta elegancia expresiva y con abusiva imposición ideativo-creencial recorre los intersticios de nuestra cultura, cual si no hubiese de tener alternativa. Ley que adornada por esas creencias recubre eficazmente la radical vertiente criticable que supone ser la expresión aceptada del humano-cosa, del humano *lobo* para el humano, dado que hace girar toda la experiencia en el eje del beneficio y de la productividad. Eje que, por otro lado, incorpora en su interior la contradicción hipócritamente ocultada de que un mundo global gestionado y activo con los parámetros del mercado explotador capitalista no debe (¿importa el debe si se puede?) ser amplificado al conjunto del Planeta por sus demolidores procesos y consecuencias.

Así, hemos llegado al momento en que el sentido de la vida humana escindido por el fuerte sesgo del proceso de industrialización, se ha reducido al objetivo fundamental del crecimiento econó-

mico. Aquí los humanos han pasado virulentamente a ser considerados como un elemento más para ese desarrollo tecnológico. No sólo se queda excluido por un hipotético no saber, sino que se queda excluido como ser humano innecesario para el triunfo del sistema. Las exigencias internas e inaplazables del mismo ponen en entredicho a un muy amplio arco de población, que vive involucrado en todo tipo de carencias, conflictos y desafectos. Se genera un tipo de vida precario. Estilo en el que muchos grupos de humanos quedan limitados para poder tomar decisiones respecto de la vida laboral, del estilo de ocio y de la posibilidad de acercarse a servicios como la escuela o el tipo de vivienda. En este orden de cosas es muy significativa la incidencia del desarraigo de muchas personas, que erradicadas, por razones diversas, de su contexto más cercano, se ven lanzadas a unos inciertos sueños de globalización, prácticamente siempre lastrados de casi esclavitud, privaciones básicas y tendencia provocada hacia la violencia o la autodestrucción.

2. Formalidad alternativa de otras ideas y creencias para la no exclusión

Cobra gran relevancia lo que somos capaces de creer e idear, lo referido a la TRC del *saber*. Si ciertamente tenemos una *visión* del humano como ser natural e ineluctablemente competitivo, acaparador de poderes y seguridades para hacer frente a las contingencias de la existencia, al tiempo que individualista y aislado sujeto de sus logros y conquistas, no es muy variada la alternativa presentable a

lo ya descrito. A quien le toque quedar excluido social porque la vida económica es como es y así lo pensamos y creemos, ¡que espabile! Lo real es el individuo, a éstos los dinamiza la motivación del egoísmo y todas las otras propuestas son *músicas* de los débiles patrocinadas por ciertos *mesías*. Estos pretenden a su vez sacar tajada de la debilidad de la mayoría, que encuentra en aquéllos una tabla de seguridad y salvación. Por eso les ofrecen pleitesía, ya religiosa, ya política, ya somnolienta. Y en reciprocidad los menos poderosos subvencionan a la mayoría para ir tirando y así provocar el ajuste suficiente para mantener la situación sin excesivos sobresaltos. La propuesta del darwinismo social permanentemente aparece y desaparece con más o menos fuerza potencial. Ciertamente, en éste como en otros tantos asuntos de los saberes humanos hay razones para seguir un camino u otros. Porque las realidades son complejas, porque no tenemos evidencias aplastantes de cómo sea la realidad y más aún, porque todas las realidades y también ésta son más permeables a la presencia y co-construcción humanas que lo que habíamos creído en un pasado, aún no muy lejano.

Así, probablemente la pregunta sobre si el humano es por naturaleza competitivo, egoísta, dominador, *la ley del más fuerte*, o es cooperativo, capaz de ser individuo-persona desde y para el otro, es una cuestión radicalmente ideológica y sin respuesta aislada, abstracta, objetiva y universal. Es una respuesta comprometida. Concreta, subjetiva, construccional. Somos el ser que estamos dispuestos a decidir ser. En la naturaleza y en la cultura hay ejemplos para todos los cami-

nos y direcciones. Los hay para ser *lobo* (darwinismo, Hernstein y Murray, 1994) y los hay para ser *otro* (cooperativo, A. Montagu, 1987, 1993). Hasta en este punto es mágica y aventurada la *biografía* humana, dado que somos aquello que estemos dispuestos a ser. Efectivamente que somos los *padres de la exclusión*. Ciertamente que podemos ser creadores de una sociedad *hermanada*. ¿De quién depende? De nosotros mismos. Es nuestra hipotética mayoría de edad psicocultural.

En todo caso, la primera y más radical formalidad, animadora de la no exclusión social—de la cohesión, dicho en positivo—, tiene una exigencia básica: buscar y alcanzar el equilibrio no hipócrita y auténtico entre lo que se plantea y hace en el ámbito del *facere*, competitividad mercantilista, y lo que se dice y propone en el ámbito de las ideas y creencias divulgadas, que no es otra cosa que hablar de la *igualdad, la dignidad y la libertad*. Ciertamente este es el punto más exigido de desvelamiento de aquéllos que inciden en el planteamiento de esta problemática. Superar la hipócrita⁴ esquizofrenia mantenida por la cual en la TRC de lo productivo se mantiene el principio operativo y no confesado de la persona-medio-instrumental, objeto de compra-venta en los escaparates de los intereses y de los beneficios. Y en la TRC de las ideas y las creencias, con el fin de quedar bien, en vez de hablar demagógicamente y justificar las conductas indeseables, se propone el discurso de la igualdad y de la dignidad, que ha quedado negado por la exigencia economicista anterior.

3. Construcción de la identidad para la no exclusión social

Decididos por la coherencia, como paso primigenio, hay que seguir adelante y concretar más. ¿En qué modelo psico-cultural de ser persona apoyar la capacidad de aceptarnos como iguales, de sabernos dignos y libres, y renunciar a hipotéticos superiores de jerarquía y niveles de poder y dominio? ¿Cuándo y cómo es posible plantear que como humano “*mida (la relación) con las cosas*” y con los *otros* desde los referidos esquemas de la participación cooperativa? Difícil respuesta. Primero porque no está marcado por la naturaleza que tenga que ser así, tan cooperativo. Segundo, porque puede hacerse de otra manera más inmediatamente ventajosa, como la dominante establecida y explotadora. A las pruebas de la *exclusión* social me remito. Tercero, porque hay que esforzarse en ver y generar lenguajes y expectativas respecto de un mundo en el que todos y cada uno

dejemos de ser definidos y creídos como los seres de *yo* trascendente e individualista, definido por sí mismo, que una larga y fuerte tradición nos ha mantenido.

Veamos un poco más de cerca la analítica de esta cuestión. En el principio, dos vertientes. Una la histórica. Otra la psicodinámica. Comencemos por la segunda. Como humanos necesitamos sabernos sujetos. Una fuerza dinámica de centro referencial, que se autorre-conoce como *substantivo* de una biografía. En cuanto tal, el *yo* es una primera y potencial amenazadora voz de afirmación parcelada y diferenciada, que se cimenta en la medida en que se diferencia y distancia de los *no-yo*. Nadie acepta en la parcelada y confusa intimidad de su conciencia reconocerse como un *yo* diluido, inasible, inconcreto, volátil. Desde la psiquiatría a la psicología, y a los múltiples y variados procesos de diálogo intrapersonal, el autorreconocimiento se ofrece como un ejercicio de delimitación, de afirmación personal. Esto, en principio, parece un

-
- 4 Una nueva educación social que potencie otra psico-cultura para enfrentarse a los retos: a) de la explotación; b) del racismo/nacionalismo radical; c) de la no paz y d) del distanciamiento mayoritario del poder real. En definitiva, tomar conciencia de que las nuevas tecnología de la información y del conocimiento, como técnica de humanización, hacen inviable el mantenimiento dominante del *libreto* más antihumanista existente: la presencia y prolongación de la mentira provocada y consentida, de la *hipocresía*. Palabra griega que significa certeramente el fenómeno sociocultural más inundante y destructivo: decir una cosa y pensar-hacer la contraria. *Hipo-*, preposición griega, *debajo*. *Cresia*, sustantivo griego derivado del verbo *krino*, *juzgar*, *pensar*: el juicio o *pensamiento que se mantiene oculto*, por debajo, y que justifica y promueve las conductas. Los tiempos actuales han generado las tecnologías que hacen inviable mantener las *hipocresías*: o hacemos realmente lo que decimos que pensamos –la paz, la igualdad, la justicia, la dignidad...- o si los poderes se mantienen en la hasta ahora explotadora mentira, ocultado el curriculum auténtico de lo que se hace, el invento con nuevas truculencias durará poco. Tal vez es lo que tenga que ocurrir. Sólo que se puede intentar que dure poco lo antihumano sin pasar por las catástrofes truculentas para la mayoría y ya suficientemente bien experimentadas.

handicap para afirmar una forma de ser psico-cultural que avale el afán superador de la exclusión social.

Pero, además, la vertiente histórica, en cuya secuencia hemos configurado la idea del *yo*, no se aleja mucho de ese perfil acabado de expresar, sino que se realimentan. El *yo* platónico, miembro de la *polis*, diferenciado por la fuerza selectiva del *demiurgo* y consistente en la subclase de alma jerarquizada del más del filósofo y del menos del esclavo que a cada uno le toque. Yo trascendente. El *yo* cartesiano del “*pienso, luego existo*”, substancia que se individualiza en el pensar. Yo trascendente. El *yo* kantiano de las categorías y de las Ideas/Ideales del “yo puro” trascendente. Este es el *yo* del humanismo moderno de los metarrelatos de la libertad, de la igualdad, del desarrollo, de la ciencia como luminaria superadora de todos los límites, durante el siglo XIX y mucho siglo XX, que quedó más que en entredicho.

Y hemos pasado al nuevo y primer siglo del III milenio cargados de interrogantes y ansiosos de nuevas y competentes respuestas. Construcciones que nos permitan superar la desgarradora truculencia de la exclusión social de los crecientes y multiplicados desheredados de los medios para *poder* vivir situaciones *libres*.

Y se pasó a experimentar respuestas de yo inmanente. Otras fórmulas de entendimiento y comprensión de lo humano que diesen luz a un nuevo horizonte psico-cultural, capaz de superar la mentalidad que dificultaba la aparición de nuevas respuestas a los restos hoy concretados en el problema de la *exclusión*. Una construcción, famosa y bastante se-

guida, es la del humanismo post-modernista. Si el modelo modernista acabó en mentira y desengaño, *—¡de lo dicho nada!*—, para que no vuelva a ocurrir, lo más aconsejable es no creer ni pensar en nada. En todo caso en vivir sin referencias. Por si las presiones, con la referencia de no tenerlas y de hacer lo más inmediato, útil y práctico. Resumía perfectamente esta actitud escéptica León Felipe en alguno de sus versos: “*No me contéis más cuentos, / que vengo de muy lejos / y me sé todos los cuentos!*” Quedan barridas todas las proclamas y todos los planteamientos fuertes. Es vivir *después* de la modernidad, *pasada* aquella experiencia de la que es mejor ni acordarse. Se pone de moda lo *light*, el *happening* y la *oportunidad*. Aquí la exclusión social no es un problema, es una situación que hay que saber aceptar, conformarse. Esperar otras cosas del juego de fuerza naturo-humanas es no haberse desprendido del afán modernista. Creer en las grandes palabras cuando se ha comprobado en el proscenio de la historia, que éstas no son sino manifestación de un libreto convenido y conveniente mientras dura. Para que unos pocos, mientras *pueden*, digan a los demás como es el mundo y lo que hay que hacer y creer para conveniencia universal que se concreta en el logro de los intereses de esos pocos. La modernidad provoca la creencia en un yo fuerte, anclado en la defensa a ultranza de lo individual egóico que hace difícil la no exclusión. La postmodernidad anima la creencia en un yo débil, aparentemente más cercano a la aceptación del otro, pero igualmente negativo para los efectos deseados, dado que desde la desconfianza ni se plantea qué sea mejor y más valioso

para ser con los demás. Queda en suspenso el afán de ser de alguna manera proyectada y construida. Se potencia el ser de lo que conviene y permite estar sin exigencias, ni alternativas críticas y creativas.

Hay formas socio-culturales concretas de otras maneras de manifestar la construcción de la identidad. Coetánea del postmodernismo y, a su vez, consecuencia del desengaño modernista, se vive la experiencia socio-cultural de la ultramodernidad. Una radicalización, emotivamente irracional por no dialogada y exagerada, de saberse y sentirse la construcción de la identidad. Es la conciencia de un *después* al que se le suma una reacción de exacerbado deseo de reafirmar lo perdido. Es la extrapolación de la modernidad, recuperada en la exageración incontrolada. El ultramoderno es otro eficaz animador de la exclusión social. El ultramoderno económico y creencial es el que acepta construir el mundo sólo desde las exigencias del más dominante e ineludible beneficio de quienes están con él. Para el ultramoderno, la identidad personal emana hermética y dogmáticamente de aquéllos que se identifican en unos determinados estilos y palabras. Frente a la zozobra del mundo moderno en crisis, la reacción ultramoderna no acepta el postmodernismo de la indiferencia, sino que, en reacción contraria, resalta los anclajes modernos hasta desorbitarlos. Imposible propuesta capaz de superar los riesgos de la exclusión. Precisamente, la actitud y la valoración ultramodernas se nutren de respuestas excluyentes, dado que quienes no están en la misma sintonía constructora de cualquier dimensión de la realidad a

la que se refiere quedan por definición *excluidos*.

Hay una cuarta fórmula de consideración de cómo pensar la construcción de la identidad, la metamoderna. Aprender a ser persona, *yo*, en la relación dialéctica de los dos polos ineludibles del encuentro humano, el *yo* y los *otros*, de modo que se derive de esa dialéctica la superación de todo atisbo de exclusión. En la modernidad, la fuerte identidad del *yo*, en la postmodernidad, la débil e inconsistente configuración del *yo*, en la ultramodernidad, la rotunda y rechazante delimitación personal, eran fáciles esquemas generadores de exclusión. La propuesta metamoderna pretende definir la construcción de la identidad del *yo* de modo que éste sólo encuentre el sentido y valor de la propia realidad en el encuentro aceptativo y respetuoso, lo de libre y digno tantas veces dicho, de los *otros*.

4. La construcción meta-moderna de la identidad, fórmula superadora de la exclusión social.

La propuesta metamoderna se afirma en la construcción de la identidad que dialécticamente recoge en una síntesis superadora los dos extremos, antes antitéticos, del *yo* y los *otros*. Efectivamente, desde el *yo* identificado en la apropiación y afirmación aislada del sí mismo, la presencia de todo otro es una amenaza competitiva. La respuesta más inmediata y efectiva ante tal reto es la exclusión. Puede que vivamos en una psico-cultura fuertemente preparada para respuestas excluyentes. Frente a mi *yo* de poder competitivo y de afirmación

creencial de que mis experiencias son resultado de mis pensados aislados procesos, todo otro es un competente enemigo a quien he de estar dispuesto a repeler, a rechazar, a superar, En definitiva, a *excluír*.

Por el contrario de esas respuestas, la metamodernidad afirma el yo desde el diálogo con los demás. Es un estar *después de la* modernidad, no para olvidarla por pasada, sino para subsumirla dialécticamente e integrarla en un nuevo esquema en el que lo moderno tiene sentido y valor, aunque en un diferenciado nivel de realidad. Se busca la afirmación yo libre e igual, no como en los tiempos modernos anteriores frente al otro, sino en el nivel *meta-* al lado del otro. Es la aceptación de la fraternidad como soporte creencial e ideativo para el desarrollo y realización de mi propia personificación. Es un giro copernicano en el esfuerzo por entender y afirmar la realización personal. En vez de atribuir afirmación en el enfrentamiento competitivo, se percibe la afirmación personal en la relación participativa.

La síntesis deseable respecto de cómo construirnos en el circuito de los *yoes-* del convexo al cóncavo y vuelta-puede expresarse como un quehacer *meta-moderno*. Consiste básicamente en llamar la atención sobre el problema de la *legitimación* de lo moderno, de la construcción valiosa de la *representación del yo*, que se hace presente en la *concavidad de la conciencia* y en la *convexidad de los escenarios y libretos* socio-culturales. Ya sabemos que la modernidad representacional se basaba en el absoluto de creencias e ideales que configuraban la identidad psico-cultural para mantener la

individualidad libre o su complemento igualitario y rechazar todo lo que no fuese asumible por ese horizonte de verdad definida, enclaustrada y abstracta. Desde ahí era difícil, como largamente se ha comprobado, ser psicocultura capaz de respuestas para los nuevos retos señalados. Por el contrario, es el estilo de vida capaz de retrasar e incapacitar las soñadas expectativas de la valiosa igualdad, de la proyectada libertad, del respeto *hermano* entre los humanos. A su vez, la postmodernidad representacional facilita respuestas a esos retos, pero son reacciones vacías, promovidas desde grupos de poder, sin nervio participativo de la ciudadanía. Reacciones que, en consecuencia, no pueden alcanzar lo pretendido, dado que en su misma raíz son una psicoculturalización del humano esclavizado, con débil conciencia representacional del yo, al servicio de los *medios* e intereses de las propagandas oportunistas y explotadoras.

La alternativa válida para la construcción de la psicoculturalidad que sintetiza adecuadamente ambos extremos es la *meta-moderna*. Es conciencia representacional de un yo definido, *modernidad*, pero que al tiempo esa conciencia está fundamentada y legitimada en aquello mismo que la permita convertirse en renovada respuesta a los retos e interrogantes humanizadores, que la propia historia humana nos ha lanzado. Parece que los humanos no podremos superar lo negativo de la explotación, del rechazo, de la guerra y del sometimiento, o alcanzar la igualdad, la interculturalidad, la paz y la dignidad, si no nos hacemos conciencias abiertas a la realidad de los demás. Si no nos hacemos seres *com-*

*prensivos*⁵. Si no comprendemos que el punto neurálgico de cualquier discurso o propuesta de solución es que **nuestra conciencia representacional del yo es una firmeza definida desde la relatividad: que todos somos radical e ineludiblemente hermanos**. Lo dice magníficamente el verso de Pablo Neruda: “*Sube a nacer conmigo, hermano*”.

Cada uno nos sabemos un absoluto, *conciencia del yo*, palabras con las que me conozco abierto a la realidad y en decir de Kant, “*superior a todo otro ser de la naturaleza*”. Ahora bien, ese absoluto es radical relatividad, referencia comunicacional, poso de las *huellas gramaticalizadas*. Todo intento desde la tradición, los temores, los lenguajes, las cunas, las riquezas... de justificar diferencias, acumulaciones, privilegios y toda una lista de *cuentos* para dominar, para *excluir*, es un contrasentido, una hipocresía y un poner en peligro la existencia – libre, igual y respetuosa – de lo humano. Antes que nada es un manifiesto deseo de que las cosas sigan como están y la manera más eficaz de no responder a los retos de explotación, de rechazo, de guerras y de sometimiento, de unos bajo otros. Puede que nos vaya bien cierto entrenamiento en animar una representación consciente del yo desde esta fórmula *metá-moderna* del radical *hermanamiento* de la humani-

dad. ¡Ah, *hermanamiento* no es una categoría, ni religiosa, ni poética, ni metafórica, ni imaginativa! Es la expresión más *tecnológica* de lo que somos. ¿O no nos debemos unos a otros, arriba y abajo, a izquierda y derecha, todo lo que cada uno es? Este punto de apoyo metamoderno y novedoso de cómo planear la construcción de la identidad no es, como en tantas otras ocasiones, una pura invención *constructivista* de un deseo ideológico. Es más bien la plasmación concreta y operativa de cómo desde todos los hallazgos científicos se muestra la ineludible referencia de lo humano a los demás.

La maduración ideativo-creencial europea que va desde los griegos clásicos hasta la Ilustración (500 a. C.-1800 d. C.) es un guión argumentativo sobre el ser humano como realidad individual. La persona, substancia individual. El quehacer epistemológico de la persona, supremo carácter definidor, así lo manifiesta. La racionalidad era la manifestación y la delimitación más cierta de la persona como ser individual. Así se discurre en Platón, en Descartes, en Kant, en Hegel. Esa definición de lo humano se realimenta con las exigencias del mundo económico-productivo, del egoísmo societario y de la aceptada responsabilidad individual de los logros y de los fracasos. Con ese

5 Así expresa bellamente esta idea E. Morin (2000: 88): “*La conciencia de ser solidario con la vida y con su muerte liga desde ahora a los humanos. La comunicación triunfa; el planeta está atravesado por redes, faxes, teléfonos celulares, modems e Internet. Y sin embargo, la incomprensión sigue siendo general. Y sin duda hay grandes y múltiples progresos de la comprensión pero los progresos de la incomprensión parecen aún más grandes... Educar para comprender las matemáticas o cualquier otra disciplina es una cosa, educar para la comprensión es otra; ahí se encuentra justamente la misión espiritual de la educación: enseñar la comprensión entre las personas como condición y garantía de la solidaridad intelectual y moral de la humanidad*”.

bagaje espiritual y mental difícil aparece la tarea de hacer viable alternativas humanas más participativas e interrelacionadas.

Además, ocurre que a lo largo del siglo XX variados y complementarios horizontes científicos nos han mostrado la necesaria interdependencia humana, de modo que es más fácil explicar la corresponsabilidad de unos con otros, que no la independencia y aislamiento de unos en relación con los demás. La categoría que mejor resume este horizonte comprensivo de la experiencia humana como persona nostral más que individual, *substantia nostra* más que *substantia individua*, es la categoría de la gramaticalidad. La gramaticalidad dice que nos construimos en y desde los estilos y palabras que nos intercambiamos. Lo de la palabra está en Aristóteles, es el primer visionario de la gramaticalidad: *logon de monon anthros epei ton zoon, el hombre es el único animal que tiene palabra*. La socialización es demasiado formalista, dice que somos un libro junto a otro libro. La gramaticalización da un paso en la actuación de la formalidad. Que somos un libro en el que en cada momento de encuentro *nos vamos escribiendo*. De aquí se deriva que necesitamos cuidar no sólo en estar junto a... sino sobre todo lo que me huella, lo que me configura cuando estoy con...

Es extraordinario que este asunto de la gramaticalidad como diferenciación y concreción de la socialidad esté en el mismo Aristóteles (1951: 67), en *La Política*. Dice bella y expresivamente que el humano es el único ser que tiene palabra y que esto le hace ser sujeto de la ciudad "y es exclusivo del hombre, fren-

te a los demás animales, el tener, el sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto..."

Ya en el siglo XX, y en la secuencia de la misma tradición, M. Heidegger (1974) dice que el ser humano es el *pastor del lenguaje*, radical constitutivo del mencionado ente, que en él y desde él, *el lenguaje*, se abre al ser. Distingue entre *Rede* (predisposición radical para el lenguaje) y *Sprache* (las lenguas concretas que cada humano aprende socioculturalizándose). Sin embargo, ese ser bio-psico peculiar no se realiza sino en contactos de socio-culturalización. Lo humano es una realidad bio-psico-socio-cultural. Dos a dos, las cuatro características nos definen ineludiblemente. El *yo cóncavo* y el *yo convexo*. La concavidad de cada uno es diferente, pero tiene líneas de semejanza. Las convexidades de cada uno son diferentes, pero tienen secuencias parecidas. El *yo cóncavo* es la sociocultura interiorizada. El *yo convexo* es el psiquismo exteriorizado. L. S. Vygostki (1977), paradigma histórico-cultural, y G. H. Mead (1972), interaccionismo simbólico, sintetizan estas ideas. El psicólogo ruso resume magistralmente: "somos huellas (*grammas*) que se sintetizan en palabras". El psicólogo americano: "el espíritu nace de la comunicación". Paralelamente, X. Zubiri (1994, 10ª) subraya la *dimensión histórica del hombre*, Ortega y Gasset, (1971, 3ª) el ser humano como *faciendum* y no *factum*, y E. Gómez Arboleya, (1957), como ser de *bio-grafia* más que sólo de bio-logía, están potenciando el sentido de la vida humana como descripción, como relato, como comunicación.

Entonces, el problema crucial es

cómo generar rupturas en el circuito psico-cultural, del yo cóncavo al yo convexo, de modo que las *gramaticalizaciones*, las *huellas*, que configuran la identidad de la conciencia, la *personal representación del yo*, provoquen otro tipo de humano. Un humano capaz de responder de manera más ética, creativamente más valiosa, a los retos de los nuevos tiempos, entendidos sintéticamente como *exclusión social*. Otra educación psico-cultural para darle un vuelco al circuito *yo cóncavo-yo convexo* establecido. Nos podemos acordar de las instituciones. Del hacer de las familias, de las escuelas, de los grupos empresariales, de las asociaciones... Cada una con su diferente nivel de exigencia y de radicalidad, pero todas comprometidas. El asunto es que necesitamos construir nuestra identidad, generar el diccionario existencial y las reglas activas de combinación del *léxico* interiorizado. Y eso no se hace en vacío. Se hace necesariamente en un contexto sociocultural, a su vez, psiquismo expandido, que tiene sus reglas y su selección lexical. Y ahí es donde está la paz o la guerra, o la explotación o la igualdad, o la aceptación o rechazo del diferente... Todo eso está en la personal y diferenciada manera de hacernos identidad, representación consciente del yo personal, en que consistimos.

5. Discurso de la *meta-modernidad*—hermandad ecológica, planetaria y pacífica—, superador de la *exclusión social*

La ecología puede hoy centrarse en el problema del desarrollo, dado que es

este asunto el que más fácilmente puede provocar la *destrucción ecológica* de los varios sentidos, el físico-químico, el técnico-cultural y el del Planeta en su conjunto. El profesor J. Gray lo ve así:

“Organizar la economía mundial como un libre mercado universal supone, en efecto, poner en peligro el futuro del planeta al suponer que esos grandes riesgos se resolverán por sí solos, gracias a los efectos colaterales de la búsqueda descontrolada de beneficios” (2000: 254).

En definitiva, que el planeta no será la casa común habitable de los humanos en tanto estemos sobre los supuestos mantenidos de la tradición liberal, centripeta, occidentalizante y justificadora de la acumulación *excluyente*. O nos creemos que somos todos de todos y que nadie tiene derecho a acumular nada, ningún bien, más allá de ciertos límites concretos y dialogables, o nos mantendremos lustro a lustro repitiendo mensajes hasta que, de nuevo explotada la situación, nos lamentemos de que hemos vuelto a caer en las mismas rupturas de la guerra, de la violencia, de las hambres, de las *destrucciones*, cuando de hecho, realmente, el mundo se mantiene permanentemente en esas truculencias que nadie ha decidido con clara voluntad erradicar.

La planetarización económica y tecnológica nos ha hecho más multiculturales que nunca. La multiculturalidad es el fenómeno social más característico de hoy. Sabemos que los restringidos y limitados encuentros multiculturales, por razones fácilmente alcanzables, fueron en grado semejante ocasión para el exterminio. Hoy, la ineludible multiculturalidad planetaria, de fuerte tensión economicista y experiencia de severos rasgos inhumanos para muchos millones de deshereda-

dos, requiere una alternativa *meta-moderna* capaz de hacer posible el encuentro *intercultural* adecuado. Las dos caras del problema de la deseada *interculturalidad* son: a) que el mundo es de todos; y b) que no podemos poner barreras al Planeta sin hacer lo necesario para que todos los pueblos puedan vivir dignamente – DDHH– en la *ecología* más inmediata. “El mundo no podrá prosperar si el tercer mundo no consigue desarrollarse”, decía el primer ministro japonés, Yoshiro Mori, en la Cumbre del G-8 en Julio, 2000. Y hay que añadir que los problemas más graves del no logro de la *interculturalidad* se derivan de los *excluidos* del cuarto mundo, que difícilmente sobreviven en nuestros quicios y permanentemente nos recuerdan que algo va mal en el mundo de *nuestros* desarrollos. La *interculturalidad* requiere aceptarnos como *cercanos en el diálogo*, sin pretensión de dominio y aislamiento egoísta respecto de los no nuestros. También requiere que seamos capaces de hacer realmente por el desarrollo de ellos sin nuestro afán de dominio –materias primas, no proliferación de *nuestras* armas, replanteamiento de la deuda, generoso apoyo humanitario y tecnológico...– y por la posibilidad de integrarse desde su autonomía y libertad en proyectos comunes de convivencia y respeto.

La paz, propuesta proyectiva de otra forma valiosa de convivir. La paz es un *ideal* que queremos que se concrete y realice en nuestro vivir cotidiano. El hombre no es un lobo determinado para la sangre del dolor y del exterminio. Es una de sus posibilidades. Forma parte del amplio y complejo abanico de nuestro ser bio-psico-socio-cultural. Somos capaces

de la paz. La paz en el mundo, como valor en proyecto y como recorrido concreto de experiencias pacíficas, requiere muchas y complementarias acciones psico-culturales. Una básica la dice el Manifiesto 2000, Año Internacional de la cultura de paz:

Porque el año 2000 debe ser un nuevo comienzo para todos nosotros. Juntos podemos transformar la cultura de guerra y de violencia en una cultura de paz y no violencia.

La cultura es el libreto desde el que un pueblo comprende y acepta la realidad en la que se manifiesta y concreta. Esa *cultura* no puede ser un libreto radicalmente contradictorio y viciado. Con dos letras y dos horizontes. Por un lado, vivir en y desde la explotación y la miseria y por otro plantear respuestas de quietud, de aceptación, de paz. Efectivamente, la paz es un camino que hay que recorrer. No se puede esperar vivir en guerra y con ambiente explotador y decir que queremos la paz. La paz será cuando la vivamos. Ahora bien, vivir paz requiere, antes que nada, que el ambiente no transfiera formas contrarias, condiciones que son fuente de acción para el enfrentamiento y la lucha. En la Conferencia de la UNESCO de 1994 se trataba de nuevo el tema de la educación para la paz, derechos humanos y democracia. Se recordaba la Conferencia de París de 1974, donde se dijo: (la paz) “no puede consistir únicamente en la ausencia de conflictos armados, sino que entraña principalmente un proceso de progreso, de justicia y de respeto mutuo entre los pueblos”. Una humanidad sin excluidos.

6. Diferentes manifestaciones de poder desde los varios programas de construcción de la identidad

Vistos los diferentes modelos identitarios, siendo transversalmente la relación humana un matizado y diferenciado muestrario de la experiencia y del valor poder, conviene ahora acercar la reflexión hacia los diferentes estilos de poder que encontramos como matizadas maneras de ser o no excluyentes. Es evidente que por los distintos caminos constructores de identidad se ejercitan matizadas formas de experimentar el poder con resultados diferentes. La fórmula moderna, postmoderna, o ultramoderna, genera una manifestación de poder de *dominio* y de *exclusión* en todas y cada una de las TTRRCC, ya sea la productiva –lo que hay que producir, el cómo y su reparto–, la societaria –cómo se convive–, o la ideativo-creencial –lo que se cree y piensa–. Ya ha quedado suficientemente comentado el porqué. Si yo me defino en mi propia y aislada identidad, los demás aparecen como negativas limitaciones a mi realización. “*Los otros son el infierno*” sartriano o ideas semejantes.

Sin embargo, en la formulación metamoderna de la realización personal, poder ya no es ser para controlar, sospechar o temer. Poder es un permanente proceso aceptado de participación y de integración. De mi ser yo no se deriva una conciencia de poder para dominar al otro, que no se me presenta como una isla irreconocible y distante de la que sólo sé que se ha construido en el distante alejamiento de su autorreferencia. Por el contrario, si como hemos dicho, seres radi-

calmente de *palabra*, de comunicación, de ineludible presencia dialogante con los demás, cada uno somos el proceso biográfico dialogado de nuestras potencialidades ejercidas, los demás no pueden ser ajenos distantes de mi realidad. Los demás son el contexto y el encuentro ineludible en que las posibilidades de mi construcción humana se han concretado. Antes y fuera de los demás cada uno somos una posibilidad de humanidad, condición necesaria. Sólo esa potencialidad cuaja en el humano que cada uno concebimos y expresamos en la medida en que nos hacemos en el encuentro *suficiente* con los demás para ser el humano que somos. Sólo desde la ignorancia, los intereses egoístas controladores y el afán por asegurar *seguridades* dominadoras, tiene sentido anclarse en la afirmación del poder dominador y excluyente. En ese tipo de relación somos cada uno el hermano negativo y raquíptico que cual metafórico Caín renuncia a la personal experiencia de su identidad por el asesinato renunciante del hermano Abel. La muerte mítica del hermano es la narración justificadora de la tendencia a construir la imagen de la propia identidad con la renuncia a lo más plenamente constructor del sí mismo. Los humanos somos *caines en pena* de desdoblamiento, a la búsqueda errónea y embriagante del sí mismo, por medio de las alucinaciones, que nos provocamos con el logro de poderes dominadores, esclavistas y absorbentes.

Poder para participar e integrar es el medio capaz de concretar una sociedad en que los riesgos de exclusión queden superados. Es una fórmula de poder en que el logro no consiste en dominar y quedar por encima de los otros, sólo

reconocidos como potenciales enemigos, sino en ser capaz de estar en permanente disponibilidad de diálogo y de aceptación. Es este estilo de idea y de creencia respecto de los demás lo que puede hacer posible que en los múltiples encuentros de la compleja vida social y económica, los *otros* ya inmigrantes, ya marginados, no queden excluidos del permanente circuito social de la convivencia. Los otros menos poderosos no han nacido para pretendidamente arañar las migajas que dolorosamente puedan arrancar de los *yo* epulones posibles. No hay otros menos poderosos. Todos somos manifestación interdependiente y relacional, poder, de matizadas y enriquecedoras formas de ser. Es el estilo de poder para ser cooperativamente competente. La dominante ley aceptada del mercado, con su presencia ramificada en el contexto de lo económico –productividad competitiva– y de lo creencial –no hay otra alternativa–, nos ha promovido la inquietud de la competitividad como unívoca respuesta adecuada. Competitividad para producir, competitividad para convivir, competitividad para creer e idear. ¡Cuánto más competitivo me dicen los mercados que son mis manifestaciones más me creo con derecho a poder para dominar, a poder para explotar, a poder para excluir a quienes ni produzcan, ni convivan, ni piensen en mi sintonía! Sendero hacia el camino unívoco y excluyente. Como esa no es la posibilidad coherente con los otros mensajes de la igualdad y de la dignidad, ni con la posibilidad de acercarnos a un modo más válido para responder a los retos actuales, la respuesta es o más guerras, crímenes, hambres y *exclusiones* u otras potenciales fórmulas

a ensayar. Aprender a ser cooperativamente competente. Poner el esfuerzo en poder con los demás de manera exigente, competente, pero no para manifestar poder competitivo, yo frente a los otros, sino poder cooperativo, yo con los otros.

7. Actitudes y valores para la competencia cooperativa: poder para la cohesión

Decir actitud es señalar lo que se ha aprendido a *querer*, cara interna del psiquismo, el *yo cóncavo*: Se ha podido a aprender o no a ser comprensivo, a ser solidario, a buscar el desarrollo humano. Se tienen o no esas actitudes. Decir valor es señalar la cara externa, la cultura, el *yo convexo*. Se han potenciado o no en una comunidad cultural esos –ahora– valores señalados anteriormente: ser solidario, comprensivo, humano pleno...

La actitud-valor síntesis, capaz de provocar una socio-cultura superadora de la exclusión social, aparece anclada en el aprendizaje y la capacitación para la cooperación, para la comprensión, para la radical e ineludible experiencia de la *hermandad* humana. Cooperar es el poder para alcanzar la cohesión. Entiendo que hay un campo de entrenamiento en el pensar, el querer y el hacer para el logro de esa cohesión que no es otro que animar *educación en, para y a través de los Derechos Humanos*. Esta temática así formulada tiene dos referentes claves: educar en valores –por supuesto, aquellos que se expresan en la convención universal de los DDHH, libertad, igualdad, respeto, hermandad...– y proyectar toda la actividad en la finalidad expresada mediante la fórmula del acercamiento

al Desarrollo Humano. Desarrollo que para diferenciarlo de otros *excluyentes*, se suele acompañar del adjetivo diferenciador y positivo de *sostenible*. Desarrollo Humano Sostenible (DHS) que: a) presenta una visión integrada de los DDHH, frente al restringido enfoque de los derechos civiles y políticos; b) exige unas formas responsables de desarrollo, y no el individualismo excesivo fomentado por el libre mercado, c) propone la equidad, en cuanto a la distribución de la riqueza económica y a la capacidad básica y oportunidades para todos y d) anima la sostenibilidad, satisfaciendo las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer la capacidad y las oportunidades de las futuras, en un permanente y dinámico afán de alcanzar una activa cultura de la paz⁶.

Esta propuesta de aprendizaje de actitudes y valores nuevos puede centrarse en núcleos temáticos como los conocidos con las denominaciones siguientes: Educación Ambiental, Educación para la paz, Coeducación, Educación Intercultural, Derechos de la Infancia. Puede que este listado alguno avisado lector eche en falta algún capítulo significativo. En cualquier caso, hace ya tiempo insisto en que la propuesta alternativa para acercarnos a una educación nueva

para los *tiempos nuevos* ha de denominarse renovadamente *Pedagogía Cultural*. Una propuesta pedagógica, que dentro y fuera de la escuela, implicando animosamente a todos los agentes sociales más significativos en la transmisión de actitudes y valores, provoque el aprendizaje *lector, interpretativo y crítico-creativo*. De lo que se vive para que se pueda madurar en otra cultura, en otro conjunto de reglas y normas que sirvan de soporte y justificación de las innovadoras y creativas fórmulas que hagan en los nuevos tiempos vivible con justicia y dignidad la experiencia de los humanos, quienes sean y de donde sean, sobre la piel de la Tierra.

Globalmente, en todos los sentidos, esa propuesta de *hermandad* se puede concretar en tres barillas valorativas, íntimamente complementarias, que permitan prolongar en la reflexión y en el acercamiento a la práctica la experiencia deseable de la fraternidad. Son la *autonomía*, el *respeto* y la *responsabilidad*. La *autonomía* como seres competentes para darnos las propias leyes de conducta. Hoy en muchas facetas post-modernos, débilmente identificados con casi todo, también con nosotros mismos, podemos animar ámbitos de *exclusión social*, dispuestos siempre a seguir las pautas de

6 C. Fustenberg (2001) de UNESCO-París señala a este respecto, que el tema unificador, que orientará la acción del Organismo en los próximos años, será contribuir a la paz y al desarrollo humano en la era de la mundialización a través de la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación. Para ello, las labores de la UNESCO se realizarán en torno a tres ejes: a) el desarrollo de principios y normas universales basados en valores compartidos, para hacer frente a los retos emergentes en educación, ciencias, cultura y comunicación y para proteger y reforzar los bienes públicos comunes; b) la promoción del pluralismo, mediante el reconocimiento y refuerzo de la diversidad, junto al respeto a los derechos humanos; c) la promoción de la participación en las denominadas "sociedades del conocimiento", a través de la capacitación y los saberes compartidos.

comportamiento que más promuevan las fuerzas de lo que interesa a la *ley del mercado*. Se es autónomo si se es capaz de tomar decisiones, de participar de las experiencias de la comunidad, de saber decir no al consumo y gasto convulsivo. Heterónomo y dominado por las fuerzas dominantes cada uno nos convertimos en una válida argolla capaz de mantener la conexión entre los estilos socio-culturales y los efectos ¿no deseados? de la *exclusión*.

El *respeto*, cuya etimología nos da un claro haz de acción profunda permanentemente en las relaciones con los demás. *Respeto*: *Re-*: prefijo reduplicativo, indicador de tendencia a mantener una forma de actuar; *-speto*, del verbo latino *spicio*, *mirar*: estar atento a lo real de manera disponible y abierta, de forma que no quede rechazada o menospreciada aquella forma de representación o presencia de la realidad que no coincide con los presupuestos de cada uno. Esto se concreta en ser capaz de hacerse bien y buscar para los demás el bien que uno mismo desea para sí mismo. En definitiva, se resume en una apreciación de la propia vida personal en la que no falte la consideración positiva que provoque una permanente actitud de consideración y afirmación de sí mismo y de los demás. Sin rechazos, marginaciones, *exclusiones*. Todos somos relaciones y en y desde esas relaciones todos tenemos la exigencia, minada de dificultad, para sabernos y aceptarnos como seres iguales, sin que nadie deba rechazar, olvidar, *excluir* a aquéllos que hipotéticamente no coinciden con los propios parámetros de lo real.

La *responsabilidad*, a su vez síntesis dialéctica de la autonomía y del respe-

to, es el valor que potencia la productividad social y la implicación cultural, la alegría, la confianza, la amistad. Es el compromiso y la participación encarnados en el hacer diario por vivir experiencias y situaciones de desarrollo humano, en que nadie en función de ningún estereotipo o advertencia histórica desfasada asume expectativas de diferencia o justificación de desigualdades más allá de las que puedan ser admitidas por la radical *nivelación* en el reparto de todos los bienes, generados por todos, en el contexto ineludible de la *comunidad*.

8. Dónde y cómo aprender las actitudes y los valores referidos

En la familia, en la escuela, en los *mcs*, en las relaciones laborales, en la vida de las relaciones diarias. En definitiva, en el conjunto socio-cultural, también dado en llamar *ecología humana*. No obstante, aquí digo algo respecto de los tres más cercanos:

8.1. La familia. En trance de fuerte cambio en la forma y en el contenido en las últimas décadas, no es fácil poner en duda la relevancia psico-social y psiquiátrica respecto de la significatividad que tiene para el buen crecimiento y desarrollo de las personas allí involucradas. Sobre todo de los más necesitados de ayuda y comunicación para el logro de ese crecimiento en función de la edad y de las escasas experiencias previas. Sin embargo, es fácilmente reconocible la fuerte tendencia que esa familia *nuclear* y *acelerada* de la *vida urbana* y de *padres profes-*

sionales genera en la dominancia de actitudes y valores más ligados al individualismo y a cierto *autismo* social. La acción pedagógica con las familias actuales tiene que animar aprendizajes de actitudes y normas, que animen la maduración de las personas hacia el encuentro, la disponibilidad y el calor social. De lo contrario, como en otros casos, estaremos reivindicando desde las palabras la necesaria exigencia de nuevos estilos cooperativos y participativos, al tiempo que provocamos aprendizajes que precisamente contradicen ese estilo personal deseado.

Es en las familias, bastante dejadas a su suerte, a su señal marcada del estilo y de la impronta socio-económica en la que emergen donde se dan las tres frustraciones que están en la base de la potencial llegada a la experiencia de la exclusión: a) la frustración afectiva derivada del desamor, del abandono y del fracaso afectivo, por ruptura de la pareja; b) la frustración laboral predominante en las familias de menor empuje económico y social en la compleja escala de las virtualidades socio-económicas, de modo que las familias más deprivadas tienden a nutrir las siguientes oleadas de miembros implicados en esa frustración laboral, ya sea por el tipo de trabajo, por la precariedad, por el bajo sueldo; c) la frustración social experimentada por personas con poca resonancia social, que se sienten rechazadas por los otros. Todos estos obstáculos situacionales que se derivan de

las frustraciones mencionadas aparecen más fácilmente en contextos de familias con menos medios y posibilidades de cambiar su situación. De ahí se deriva que estadísticamente los datos más significativos respecto a la emergencia de los grupos excluidos surjan de familias de inmigrantes, de familias del cuarto mundo, de familias fracturadas respecto del circuito dominante y competitivo que asume o rechaza a las personas y a las comunidades en función de su valor de intercambio en el inexorable mercado laboral.

Es por eso, que es en la familia donde las comunidades y los poderes públicos establecidos han de proponer la más exigente política económica y social, que desde planteamientos creenciales e ideativos innovadores, radicalmente otros que los dominantes, propongan fórmulas de cohesión, de ayuda, de protección, de mejora, de modo que puedan romper el círculo fatídico descrito. No es fácil, ni repentino el potencial cambio deseable. Pero, hoy más que nunca se nos exige coherencia, dado que conocemos el Planeta y sus complejas interrelaciones. Y que, hoy más que nunca, nos repetimos constantemente la exigencia de lograr realmente situaciones convivenciales en que los DDHH de la libertad, de la igualdad, de la dignidad, de la justicia, de la paz, dejen de ser palabras al viento, para ser experiencias concretas y reales. Que la familia es un contexto nutricional de inclusión, pero al mismo tiempo

po es el ámbito más ineludiblemente facilitante de secuencias y secuencias de grupos excluidos de los diferentes ámbitos de la vida social. La presencia económica, la participación política, la disponibilidad de tiempo libre, la capacidad de autonomía, que casi siempre les acaecen de forma impuesta y negativa, o en otros casos, representan experiencias potenciales, siempre soñables y deseadas, pero realmente inalcanzables. Excluidos.

8.2. La escuela. Es bastante universal, también en el caso español concretado en la LOGSE (1990), la insistencia en que la escuela actúe como escenario educativo de valores. No porque antes y siempre haya dejado de hacerlo, sino porque se hace especialmente relevante en el momento actual la *conciencia transitiva crítica* (Freire, 1976), que haga expreso el *currículum oculto* siempre presente en cualquier proceso de comunicación y de intercambio. ¿La escuela y la educación que en ella se propone para qué? ¿Para mantener aprendizajes de actitudes y de normas, basadas en la competitividad, en el individualismo y en el afán insolidario de acumular? ¿Para hacer eficaz y predominante la implacable *ley del mercado*? ¿Para aprender a repetir a acomodarse, más que a tomar iniciativas y generar respuestas creativas y prácticas a los múltiples retos de la vida cotidiana, haciendo posible la presencia socio-cultural del estilo *excluyente* de quienes no son *rentables*?

Ciertamente, la alternativa no es

proponer una asignatura más, *Educación en valores*. Se trata de afirmar la acción educativa de la escuela desde todos los ámbitos de incidencia, –clases, actividades, relaciones con la comunidad...– de modo que a través de propuestas de creatividad, reflexión, autonomía, igualdad y respeto a las diferencias, las personas allí educadas sepan ser agentes de *cohesión social*.

Globalmente, la escuela ha de renovarse en la potenciación de tres vectores pedagógicos innovadores, creadores potenciales de aprendizajes para la vida, capaces de superar los riesgos de la exclusión social:

- a) mejorar la relación con la información y las tecnologías, de modo que las actividades que se realicen sirvan para que el individuo organice la información, sepa encontrarle significado y sepa seleccionar lo más relevante, a tiempo que la organiza de manera personal. Así el aluvión de contenidos servirán como *recursos* para obtener el desenvolvimiento personal cohesionado;
- b) desarrollo de la expresividad, de la afectividad y de las dimensiones emocionales de la persona. Es un aprendizaje capaz de potenciar aquello que se suele aprender deficitariamente como es tomar decisiones para poder escoger y decidir;
- c) vivir un nuevo clima y animar unas condiciones adaptadas al nuevo mundo emergente. La escuela ha de ser el lugar donde se creen “condiciones” para la cons-

trucción renovada de otros valores más cercanos a la horizontalidad participativa, más comprometidos con los derechos y deberes de la retante y compleja vida cívica y más válidos para ser partícipe en la ineludible sociedad civil, contexto emergente de las hipotéticas soluciones de todos los problemas actuales.

La escuela de la cohesión social, superadora de la exclusión, debe ser el contexto creativo innovador en que activamente se ejecute aquello que desde hace décadas es conocimiento aceptado: 1) que la verdad es un esfuerzo dialogante por superar errores, 2) que la experiencia humana es un permanente afán por superar problemas en comunidad y 3) que la vida social no debe seguir anclada en una ética material basada en la aceptación de unas normas externas, calculadas y mantenedora de situaciones injustas, sino en una nueva ética comunitaria y *hermanada* en la que el afán permanente y participado de ser libre, igual y justo, posibilite el hallazgo de los medios competentes para que sea posible el logro de sociedades más honestas y cohesionadas.

- 8.3. Los *mcs*. Otra clara fuente de *exclusión*. De un lado, quienes mantienen una relación con los *medios* eminentemente alienante. Son aquéllos que concretado en un muy elevado número de la trama social se relacionan con los *medios* como un *mediador* de consumo, distracción y empleo del tiempo libre marcado. Estos fácilmente quedan excluidos de

la selección del conocimiento y de la información que transportada a través de los *medios* permite a unos tener opciones de mejora y desarrollo, mientras que a la mayoría les mantiene envueltos en la nebulosa de los intereses y lenguajes que convienen a las minorías dominantes. De otro lado, y ahora en referencia a los *medios* de la sociedad del conocimiento más cercanos a la electrónica y sus universales aplicaciones de Internet y del *correo*, dado que aquí también se generan enormes bolsas de *excluidos*. Los *excluidos* porque no pueden acceder a la red, por economía, por desconocimiento, por falta de interés, o por sesgada emisión y recepción de los mensajes dominantes, como cuando se informa que más de 40 % de los usuarios de la *red* conectan en la preocupación de lo erótico y/o pornográfico.

Respecto de los *medios de creación de masas* es ineludible llamar la atención sobre el papel excluyente que juegan. Con el agravante del estilo sutil engañoso que emplean. Tan es así, que cierta opinión dominante puede entender que estar *apegado, presente ante los medios*, es una útil actividad para saberse incluido, ligado a los circuitos de la realidad social. Leído e interpretado el fenómeno con otros ojos se concluye que ese planteamiento está muy alejado de la realidad. Los *medios de creación de masas*, pues ese es el papel que juegan y para lo que están, inocentemente denominados *medios de comunicación de masas*, sirven para hacer real aque-

llo que interesa a los circuitos de poder establecidos. Básicamente a los dos poderes complementarios que regulan la presencia de objetos, de lenguajes y de intereses en el conjunto de la vida social: a) lo que conviene pensar y creer sobre la compleja vida socio-económico-política y b) lo que debe ser visto, oído, comprado, en el enorme escaparate de objetos en que hoy más que nunca hasta ahora hemos hecho concreta y presente la amplia y potencial realidad. Por eso, los *medios* son el valioso intermediario que nuestros tiempos han generado para en creencia divulgable de que estamos muy *cohesionados*, cercanos a la realidad global y problemática que nos rodea, estamos más *excluidos* que nunca dado que toda la comunicación *masiva espectacular* es el espectáculo consentido y animado por las grandes agencias de poder, que desde lo más cercano e inmediato a lo más global y planetario nos marcan lo que hay que saber, opinar, sentir y anhelar. Por eso, es bastante general la unánime muestra de satisfacción y alegría que nos produce el encontrarnos con alguien, gente del pueblo, de autónomo lenguaje y pensamiento. Aquéllos, cuando nos indican su visión de la vida y de las cosas, dicen actitudes y valores, que nos muestran otra *mirada* y otra manera personal y creativa de saberse incluidos en la realidad y no excluidos-incluidos en esa dialéctica triste y manipuladora en que hoy abundantemente nos vemos involucrados. Hacernos creer partí-

cipes, siendo realmente sujetos miméticos de un conjunto social que se pretende mantener en los márgenes de la realidad, al tiempo que centrados en los mensajes alienantes que interesan. Se nos hace sentirnos amplia y bien informados pero siempre de aquello que conviene, no compromete lo establecido, y además potencia la distracción respecto de aquello que *puede* estar más cerca de ser *poder eficaz*. A este respecto basta con considerar la enorme difusión de imágenes, voces y letra impresa dedicadas al deporte/consumo/espectáculo/ritual del fútbol, los contenidos *mediáticos* más seguidos en España, con el añadido de cómo muchos espacios televisivos de mayor audiencia tratan los asuntos y qué asuntos tratan. Es una forma sutil de *excluir inclusivamente*.

¿Cómo aprender esas actitudes y valores favorecedores de la *cohesión social* en la familia, en la escuela y en los *mcs*? Es la formulación pedagógica. ¿Qué hacer y cómo para que la construcción identitaria metamoderna se realice y de paso a procesos socio-culturales de poder en los que el riesgo presente de la exclusión no se desarrolle? Queda algo dicho en las líneas anteriores. Ahora sólo una sintética secuencia de tareas organizadas cognitivamente, de forma razonada, implicativa y en diálogo: a) que las familias sean contextos de apertura, intercambio y generosa experiencia de comunidad y de esfuerzo por aprender a ser competente para ser

cooperativo; b) que la escuela anime más aprendizajes de compromiso y participación con los demás, donde lo más relevante no sea la calificación individual alcanzable ni demostrar aisladamente que uno es mejor que los demás; c) que los *mcs*, sobre todo los alimentados con el erario público, pero también los demás, todos nos debemos a todos, se realicen con criterios y fórmulas más respetables y valiosos de modo que el ser humano sea siempre un horizonte de exigencia ética. No un potencial cliente, votante, o comprador, sin otro horizonte que mantener y perpetuar aquellos pensamientos, decires y haceres, que están en las antípodas de los repetidos valores de los DDHH alcanzables. Aquellos que están en la explicación y justificación de la superable *exclusión social*.

- HEIDEGGER, M. (1974) *Unterwegs zur Sprache*. Pfulligen: Neske.
- HERRNSTEIN, R. J. & MURRAY, Ch. (1994) *The Bell Curve; Intelligence and Class Structure in American Life*. New York: Free Press Paperbacks.
- MEAD, G. H. (1972). *Espiritu, persona, sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- MINC, A. (1994) *La Nueva Edad Media*. Madrid: Temas de Hoy.
- MONTAGU, A. (1987) *¿Qué es el hombre?* Buenos Aires: Paidós.
- MORIN, E. (2000). *La mente bien ordenada*. Barcelona: Seix Barral.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1971) *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente.
- TOFFLER, A. (1990) *El cambio del poder*. Barcelona: Plaza y Janes.
- VIGOTSKI, L. S. (1977) *Pensamiento y lenguaje*. B. Aires: La Pléyade.
- ZUBIRI, X. (1994) *Naturaleza, Historia y Dios*. Madrid: Alianza Editorial.

Bibliografía

- ARISTOTELES (1951) *La Política*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- FITOUSSI, J-P. & ROSANVALLON, P. (1996) *Le nouvel âge des inégalités*. París: Ed. Du Seuil.
- FREIRE, P. (1968) *La pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- FUKUYAMA, F. (1992) *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- (2000) *La gran ruptura*. Barcelona: Ediciones B.
- GOMEZ ARBOLEYA, E. (1957) *Historia de la estructura y del pensamiento social*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- GRAY, J. (2000) *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Barcelona: Paidós.